

barcos franceses; pero con mal éxito igualmente, pues una gran lancha cañonera llamada la *Sorpres*a, y á la cual tenian cercada cuatro peniches, echó á pique á uno, apresó á otro, y puso en fuga á los dos que quedaban. Bien es verdad que los soldados rivalizaron con los marineros en aquel género de combate, tan propio de su carácter enérgico y osado.

Mientras que la segunda y tercera divisiones inglesas hallaban esta acogida, la primera que debió abordar nuestra á la derecha, arrastrada hácia el Este por la marea, como ya hemos dicho, no pudo llegar hasta muy tarde al lugar donde se habia trabado la accion. Haciendo un esfuerzo para volver del Este al Oeste, amenazaba al parecer por un extremo la línea de nuestras embarcaciones ancladas con intencion de colocarse entre la orilla y nuestros buques; maniobra muy comun entre los marinos ingleses. Entonces lo hacian mas que por cálculo por la posicion en que se hallaban, pero los destacamentos de la semi-brigada número 408 que se hallaban apostados en la orilla, hicieron sobre ella un fuego mortífero. Sin desanimarse los marinos ingleses, se arrojaron sobre la lancha cañonera llamada *Volcan*, que guardaba el extremo derecho de nuestra línea; mas el subteniente que la mandaba, que era un oficial dotado de energía y que se llamaba Geroult, recibió el abordage á la cabeza de sus marineros y de algunos soldados de infantería, sosteniendo contra el enemigo un combate obstinado. Mientras que se defendia sobre el puente de su lancha, las embarcaciones inglesas que le tenian envuelto, procuraron cortar los cables para tirar de ella; pero por

fortuna era de hierro una de las amarras y pudo resistir á todos los esfuerzos que hicieron para romperla. Los disparos hechos desde los otros barcos franceses y desde la orilla, obligaron al fin á los ingleses á soltar su presa, siendo rechazados en aquel punto con tanta fortuna como en los otros dos.

La aurora empezaba á despuntar, y la cuarta division enemiga, destinada á dirigirse hácia nuestra izquierda, no pudo llegar á tiempo, porque para ello tenia que hacer un gran movimiento hácia el Oeste, siendo así que la marea la arrastraba hácia el Este. Por su parte las bombardas de Nelson, nos hicieron poco daño gracias á la noche, mientras que los ingleses se vieron rechazados en todas partes, dejando cubierto el mar de cadáveres, y siendo apresadas ó echadas á pique muchas de sus embarcaciones. La claridad del día les obligó á retirarse, verificándolo á las cuatro de la mañana, pudiendo decirse que el sol salió para alumbra su fuga. Esta vez no era ya una tentativa de su parte sino una verdadera derrota.

Grande fué el regocijo de nuestros marineros y soldados, pues habian perdido muy poca gente, y los ingleses por el contrario, tuvieron pérdidas de consideracion, á lo cual se unia el haber derrotado á Nelson, frustrando las amenazas que en público habia proferido contra nuestra flotilla.

Efecto muy diferente produjo al otro lado del estrecho, pues aunque aquel combate no probaba todavía lo que podria hacer en alta mar semejante flotilla cuando tuviera que llevar cien mil hombres, no obstante, disminuyó en mucha parte la confianza que los ingleses tenian en el genio em-

prendedor de Nelson, y no dejaba de alarmarlos el peligro, aunque no conocido, de que estaban amenazados.

Pero las vicisitudes de aquella negociacion llegaban á su término, pues decidido el primer consul, por la conducta del gabinete español, autorizó al fin á Mr. Otto á que concediese la Trinidad, concesion que unida á los combates de Boloña debia decidir al gabinete británico á hacer la paz. Consintió, pues, en las bases prepuestas, salvo algunas dificultades que acerca de los detalles quedaban por salvar, pues el gabinete inglés queria estipular que al devolver la isla de Malta á la órden de San Juan de Jerusalem, quedase esta isla bajo la proteccion de una potencia; pues aun cuando dicha órden lograra constituirse, no contaba con fuerzas para sostener el órden. Las partes contratantes no estaban de acuerdo acerca de qué nacion debia ejercer semejante protectorado, no habiéndose convenido en la córte de Roma, ni en la de Nápoles, ni en Rusia, y hasta la forma bajo que debia redactarse el tratado, presentaba ciertos obstáculos, pues como el convenio debia producir mucho efecto en ambos paises, uno y otro atendian tanto á las apariencias como á la realidad. Cierito que Inglaterra consentia en que se enumerasen en el tratado las muchas posesiones que restituia á Francia y sus aliados, pero tambien queria enumerar las que conservaba definitivamente; pretension justa, mas justa que la del primer consul, pues queria se hiciese mencion de los objetos que se restituian á Francia, Holanda y España, y que nada se dijera acerca de los otros, siendo este silencio el único modo que tu-

viese Inglaterra para adquirir su propiedad.

A estas dificultades, de poca entidad en el fondo, hay que añadir otras accesorias relativas á los prisioneros, á las deudas, á los secuestros, y sobre todo á los aliados de las dos partes contratantes, y al papel que debia destinárseles en el protocolo. Sin embargo, cada vez era mayor el deseo de poner término á la ansiedad del mundo, y mientras por una parte el gabinete inglés queria que el tratado estuviese concluido antes de la reunion del parlamento, por otra temia el primer consul llegase la noticia de haberse rendido Alejandria; pues la resistencia prolongada de aquella plaza, solo servia en su concepto para que se llevase á cabo la negociacion. Ambicionando como ambicionaba, por lo demas, grandes resultados, anhelaba llegase el dia en que pudiera decir á Francia, no que se habia hecho la paz con Austria, Prusia, ó Rusia, sino con el mundo entero.

En consecuencia convinieron en dejar para un arreglo ulterior las dificultades que pudieran ocurrir en la forma y los detalles, redactando una especie de preliminares de paz que debian firmar las dos partes contratantes, dejando á cargo de los plenipotenciarios el estender mas despacio un tratado definitivo en que se obiasse cualquier dificultad que no fuese fundamental, pero cuya solucion acarrease lentitud en la formacion del tratado principal. Para estar mas seguro de que este se celebraria cuanto antes, el primer consul fijó á los negociadores un plazo determinado, es decir que esto sucedia á mediados de setiembre de 1804 (á fines de fructidor año IX), y el plazo se extendia hasta 2 de octubre (10 de vendimiario año X).

Pasado este término se aprovecharia de las nieblas del otoño para ejecutar los proyectos que habia formado contra las costas de Irlanda é Inglaterra. Todo esto lo dijo con el miramiento debido á una nacion grande y orgullosa, pero con ese tono de perentoriedad que no deja lugar á dudas.

Mr. Otto y lord Hawkesbury eran hombres honrados y querian la paz no solo por lo que esta valia por sí misma, sino tambien por la ambicion muy natural y legitima de colocar sus nombres al pié de uno de los mas brillantes tratados de la historia del mundo; de esta suerte emplearon en la redaccion de los preliminares toda la facilidad que era compatible con sus instrucciones.

Convínose, pues, en que la Inglaterra restituiria á Francia y sus aliados, es decir á España y Holanda, todas las conquistas maritimas que habia hecho, *excepto las islas de Ceylan y la Trinidad, cuya adquisicion le pertenecia definitivamente.* Tal fué la forma que se adoptó para conciliar el justo amor propio de las dos naciones, por manera, que la Inglaterra conservaba el continente de la India que habia conquistado en sus luchas con los principes indios, la isla de Ceylan arrebatada á los holandeses y apéndice necesario de aquel vasto continente; y por último, la isla de la Trinidad en las Antillas de que habian despojado á los españoles, lo cual debia dejar satisfecha la ambicion nacional por muy grande que fuese. En cuanto á restituciones, devolvia á los holandeses el Cabo, Demerari, Berbice, Essequibo y Surinam; la Martinica y la Guadalupe á los franceses; Menorca á los españoles, y Malta á la orden de San Juan de Jerusalem, debiéndose designar en el tratado

definitivo la potencia que debia ejercer el derecho de protectorado sobre esta última isla. Además la Inglaterra debia evacuar á Porto-Ferraio, el cual volvia á poder de los franceses con la isla de Elva, debiendo evacuar estos en cambio el estado de Nápoles; es decir, el golfo de Tarento. Por último, las tropas de ambas naciones se retirarian de Egipto devolviéndolo á la Puerta Otomana, y se garantizaba la independencia de los estados de Portugal.

Considerando únicamente los grandes resultados que ni disminuian ni aumentaban esas restituciones tanto y tan encarnizadamente disputadas, hé aqui lo que resaltaba en primer término en el tratado. En la guerra sostenida por espacio de diez años, habia adquirido Inglaterra el dominio de las Indias, sin que pudiera decirse que era un contrapeso la adquisicion de Egipto por parte de Francia, pero esta en cambio habia mudado la faz del continente en provecho propio, conquistando la formidable linea de los Alpes y del Rhin, alejando para siempre al Austria de sus fronteras por medio de la adquisicion de los Países Bajos, y arrebatando á esta potencia lo que eternamente habia codiciado, es decir, la Italia que casi toda habia pasado á ser del dominio francés. Además con arreglo el principio ya sentado de las secularizaciones, habia disminuido en mucho el poder de la casa imperial de Alemania; en beneficio de la casa de Brandeburgo, habia hecho sufrir á Rusia descabros de consideracion por haber querido mezclarse en los asuntos de Occidente, y dominaba á la Suiza, Holanda, España, é Italia. Ninguna potencia ejercia en el mundo un presti-

gio igual al suyo, y si la Inglaterra habia ensanchado su poder marítimo, Francia habia agregado á sus inmensas costas; las de Holanda, Flandes, España e Italia, pais completamente sometido á su dominacion ó á su influencia. Todos estos eran medios para estender su poder marítimo.

Hé aquí todo lo que consagraba la Inglaterra, firmando los preliminares de Lóndres, por premio es cierto, del continente de la India. La Francia podia consentir en ello; pues nuestros aliados á quienes habia defendido con tanto valor, recobraban casi todo lo que habian perdido de resultas de la guerra. Es verdad que España quedaba privada de la Trinidad por culpa suya, pero tambien ganaba á Olivenza en Portugal y la Toscana en Italia, y en cuanto á la Holanda, aunque abandonaba á Ceylan recobraba sus colonias en la India, el Cabo y la Guyana, librándose al mismo tiempo del estatus.

Tales eran las consecuencias de aquella paz tan bella, la mas gloriosa que la Francia ha celebrado en ningun tiempo. Natural era que el negociador francés tuviese vivos deseos de acabar de una vez, pues el 30 de setiembre todavia habia algunas dificultades que vencer, pero al fin se salvaron todas, y el 1.º de octubre en la noche, vispera del dia en que concluia el término fatal fijado por el primer consul, tuvo Mr. Otto el placer de firmar los preliminares de paz, placer profundo y sin igual, pues nunca habia tenido la dicha plenipotenciario alguno de asegurar con su firma tantas grandezas á su patria!

Conviniéron en que esta noticia no se comunicaria en Lóndres hasta veinte y cuatro horas

despues, á fin de que el correo de la legacion francesa pudiese anunciarla con anticipacion al gobierno, y dicho correo salió el 1.º de octubre por la noche llegando á la Malmaison el dia 3 á las cuatro de la tarde, (11 de vendimiario). Hallábanse reunidos en consejo los tres cónsules, y luego que se enteraron del contenido de los pliegos, abandonaron el trabajo abrazándose mutuamente y con efusion. El primer consul que dejaba á un lado toda clase de reserva cuando hablaba con los hombres que le inspiraban confianza, manifestó abiertamente los sentimientos que llenaban su corazon, pues no hay duda que tantos resultados conseguidos en tan poco tiempo, el órden, la victoria y la paz que devolvía á Francia, gracias á su genio y á lo que para ello trabajó durante dos años, eran beneficios que debian llenarle de orgullo y satisfaccion. Llevado Mr. Cambaceres de la franqueza, hija de un regocijo comun, le dijo: ahora que hemos hecho un tratado de paz con Inglaterra conviene hacer otro de comercio, y con eso no habrá motivo de desavenencia entre ambos paises.—No hay que andar tan de prisa, le respondió el primer consul con viveza; puesto que se ha celebrado la paz política alegrémonos por ello: en cuanto á la paz comercial la haremos cuando podamos, pero no quiero sacrificar á la industria francesa, porque me acuerdo de las desgracias de 1786.—Muy fuerte debia ser aquella singular é instintiva passion por los intereses de la industria francesa cuando se manifestaba en aquel momento y en tales términos, pero el consul Cambaceres con su acostumbrada sagacidad, tocó la dificultad que

mas tarde debia indisponer de nuevo á los dos pueblos.

Trasmitida al instante esta noticia á Paris para que fuese allí publicada, á la caída de la tarde empezó á resonar por las calles el estampido del cañon, y la gente corria de un punto á otro preguntando qué feliz acacimiento motivaba semejantes demostraciones de alegría. En los sitios públicos habia apostados comisionados del gobierno que tenian orden de anunciar al pueblo que habian sido firmados los preliminares, de suerte que en un momento se esparció la noticia por toda la capital, y hasta en los teatros se proclamó la celebracion de la paz en medio de una alegría de que hacia mucho tiempo que no habia ejemplo. Semejante alegría era muy natural, pues la paz con Inglaterra equivalia á la paz con todo el mundo; porque consolidaba el reposo del continente, suprimia la causa de las coaliciones europeas y abria los mercados del universo á nuestro comercio é industria.

Inmediatamente ratificó el primer consul el tratado de los preliminares, y comisionó á su ayudante de campo Lauriston para que llevase la ratificacion á Lóndres donde rayaba en delirio el contento tan vivo y general en Francia. Oculta en un principio la noticia por los negociadores se esparció al fin, de suerte que el gabinete tuvo que anunciarla al lord Maire de Londres por medio de un mensaje, que causó tanto mas efecto quanto que hacia algunas horas circulaba la voz de haberse roto las negociaciones. Al instante se entregó el pueblo á violentos trasportes propios del carácter apasionado de la nacion inglesa; los car-

ruages públicos que salian de Lóndres llevaban estas palabras escritas con greda y en letras muy gordas: PAZ CON FRANCIA; á otros los detenian, les cortaban los tiros y los llevaban en triunfo; todo el mundo se figuraba que iban á acabarse los males inherentes á la escasez y carestia, y soñaba beneficios desconocidos, inmensos, ó imposibles de alcanzar. Hay dias en que los pueblos, del mismo modo que los individuos, cansados de aborrecerse conocen la necesidad de reconciliarse aunque esta reconciliacion sea pasagera, y en ese instante, tan corto por desgracia, creia el pueblo inglés que casi amaba á Francia y adoraba al héroe que regia sus destinos gritando enagenado de gozo: ¡viva Bonaparte!

Así es la alegría humana: para que sea viva ó profunda, es preciso que ignore el porvenir. ¡Demos gracias á Dios porque ha cerrado á los hombres el libro del destino! Cuál no hubiera sido el abatimiento de todos aquellos corazones, si roto de repente el velo que ocultaba el porvenir, hubiesen podido ver los ingleses y franceses delante de ellos quince años de un odio atroz; de una guerra encarnizada, el continente y los mares inundados de la sangre de los dos pueblos! ¡Y cuán grande no hubiera sido la consternacion de Francia si mientras que se creia grande, grande para siempre, hubiera entrevisto en una página de ese libro fatal del destino los tratados de 1815! ¡Y cuál no hubiera sido la sorpresa, ó por mejor decir, el espanto del héroe victorioso y sabio que la gobernaba, si en medio de sus magnificas obras hubiese podido descubrir las inmensas faltas que iba á cometer; si en medio de su prosperidad hu-